

La Iglesia durmiente

Xosé Manuel Domínguez Prieto

Filósofo.

Antaño se enseñaba que los miembros de la Iglesia católica formaban tres grandes grupos: la *Iglesia militante*, que es la que aún «peregrina» en la Tierra trabajando por el Reino, la *Iglesia purgante*, formada por aquellos que, tras su muerte, están purificándose para poder entrar en la Vida Eterna, y la *Iglesia triunfante*, formada por aquellos bienaventurados que ya están en la presencia del Padre.

Pues bien: hoy deberíamos revisar esta clasificación para añadir otra categoría más. Y no es cuestión baladí, pues se trata hoy del grupo más numeroso: la *Iglesia durmiente*.

Porque en Occidente, la mayor parte de los que son miembros de la Iglesia católica (laicos, sacerdotes o religiosos) no son ni fríos ni calientes, ni viven desde el Evangelio ni quieren renunciar a ritos ni a costumbres (que, por otra parte, tanto critican). Ni sí, ni no. Se dicen creyentes, y dicen bien. Porque realmente creen en el consumo sin límite, en la productividad sin límite, en el éxito sin límite y en el confort sin límite.

Bautizan a sus hijos por la Iglesia y gustan de convocar a un montón de sacerdotes para celebrar el funeral del padre o de la madre (pues hasta esto cuantifican y toman como criterio de distinción y clase), pero pasan el resto de su vida ignorando a esa Iglesia a la que dicen pertenecer.

Espiritualistas el domingo de doce a doce y media y materialistas el resto de la semana, viven con desgana todo lo que suene a religioso.

Iglesia durmiente: conjunto de practicantes-trafficantes que intercambian ritos por seguridad, buscadores de precauciones, de prudencias, de virtudes adornadas de adormidera. Falsos creyentes a los que su tibieza les llevó a

considerar virtuoso lo que no es sino la dimisión de sí mismos. Y así terminan por llamar mansedumbre a la debilidad de carácter, humildad a su impotencia, resignación a su cobardía. Y son los que, al final, terminan por protestar y enfadarse cuando Dios no se pliega a su voluntad: Hágase mi voluntad, así en el cielo como en mis tierras.

Iglesia durmiente, que se acuerda de la Iglesia-institución sólo para criticarla. Y en esto andan bien despiertos en no dejar títtere con cabeza. Son especialistas en criticar al Papa: si viaja, porque viaja; si no, porque no viaja. Si es viejo, porque es viejo. Y si es viejo y viaja, aún peor. Y critican al obispo, y al cura de la parroquia y a este y aquel movimiento. Sólo ellos, más allá del bien y del mal, parecen estar en la verdad sobre lo que la Iglesia debiera ser. Pero, a la vez que critican, no mueven un dedo por hacer las cosas bien. Ni por hacerlas mal. Y a quien hace, se le asaetea, se le somete a todo tipo de críticas, enmiendas, correctivos y sermones. Ni hacen ni dejan hacer. No quieren compromisos pero no soportan el compromiso de otros. Y desde su mirador, critican, se quejan, exigen y pontifican *ex cathedra*.

Esta *Iglesia durmiente* es la que despierta sólo para asistir, tediosamente, a alguna procesión, al rito de alguna boda, o para «hacerle la primera comunión» al niño (lo cual cada vez consiste más en la copiosa comida postsacramental que en el mismo sacramento, no faltando nunca quien aconseje al cura que «termine rápidamente», que les esperan en el restaurante). Algún bautizo de añadidura y funerales para redondear la faena. Y nada más. Iglesia aturdida, irreflexiva, aturullada, distraída, que ya no entiende que está llamada a ser comunidad, que se avergüenza de sí misma.

Los miembros de esta *Iglesia durmiente* asisten «religiosamente» a ver el partido de fútbol del sábado y el do-

mingo, pero a la Eucaristía asistirán si apetece y se ponen bien las cosas. Amodorrados el fin de semana y es-tresados durante la semana, pondrán siempre todo tipo de excusas para asistir a alguna reunión formativa (fuera de las «preceptivas» reuniones por la «catequesis de los críos»). Pero siempre tendrán tiempo para un viajecito de fin de semana, para ir de rebajas o para echar alguna horita extra en la empresa. El euro es el euro.

Esta *Iglesia durmiente* rechaza toda opinión que venga de la «jerarquía católica» como «imposición intolerable», pero se abrirán de par en par, acrítica y atolondradamente, a cualquier opinión ajena, dicha por cualquier persona en cualquier lugar, especialmente a aquellas que atacan a su propia Iglesia, sin hacer el mínimo esfuerzo de cotejar en las fuentes la verdad de lo que les dice. Siempre atentos al cotilleo acerca de los desmanes del cura de tal o cual pueblo, nunca tendrán ojos ni oídos para reconocer el trabajo intenso y fecundo hecho por los católicos militantes.

Iglesia durmiente, Iglesia tibia, sin amor a sí, desencantada, triste, la peor Iglesia posible, la más estéril de la historia, porque ya no cree en nada, porque ya no conoce la alegría de la Salvación, porque ya nada quiere saber de salvación ni de «kerigmas».

La *Iglesia durmiente* perdió su primer impulso, su entusiasmo, su vigor. No es ni fría ni caliente. Ya no sabe quién es ni se acuerda de lo que recibió. Es una Iglesia de corazones cobardes y manos débiles, Ni milita, ni hace penitencia ni goza.

Una Iglesia así no sirve para nada. Ni para los creyentes ni para la sociedad.

Una Iglesia así sólo puede dar una buena noticia al mundo: la de su desaparición.